

Crisis y declive laborista: **EL CAMINO AL BREXIT**

Francisco Figueroa



Fuente: <http://revistafal.com/>

RESUMEN:

Pese a producirse contra la voluntad del establishment político y económico británico, el *Brexit* no significó una impugnación democratizante al proyecto neoliberal de integración europea. Se produjo, en cambio, como rechazo al cierre de las elites políticas locales en un contexto de crisis económica y de representatividad. Determinante para abrir paso al nacionalismo como clave predominante de esta impugnación fue la pérdida de influencia del Laborismo sobre sus bases históricas. De este modo, la coyuntura británica en particular y la europea en general, alerta sobre las corrosivas consecuencias para la democracia del declive de la izquierda en los países del capitalismo avanzado.

PALABRAS CLAVE:

- **Brexit**
- **Unión Europea**
- **Globalización**
- **Partido Laborista**
- **Neoliberalismo**

Lejano se ve el optimismo que las movilizaciones sociales anti-globalización en Europa y la crisis financiera de 2008 sembraron entre quienes creyeron ver amenazado el orden neoliberal heredado de la década de los '70. Con la excepción de España y Portugal, es la derecha y no la izquierda la que en Europa hace gala de contar con mejores recursos para empoderarse a partir de las contradicciones del capitalismo avanzado. Nuevos proyectos excluyentes y nacionalistas campean en los países del norte, algunos ya desde el gobierno (como en Hungría, Ucrania, Polonia, Serbia o Rusia) y otros cerca de conquistarlo (Francia o Austria) o de consolidarse en la primera división del sistema de partidos (Holanda, Alemania, Suiza, Suecia o Italia).

Tal vez ese mismo lejano optimismo sea lo que impidió que el avance de estas derechas, visible desde la década de 1990, fuera advertido y confrontado. Es que si hasta hace poco para liberales y social-demócratas el tránsito de las sociedades europeas hacia una mayor integración económica y cultural era cosa de tiempo, para los menos autocomplacientes la globalización sería cada vez más contestada, pero siempre en nombre de un mayor control democrático sobre los destinos colectivos. Las influyentes reflexiones sobre Europa de Anthony Giddens y Jürgen Habermas¹ ilustran, respectivamente, dichos ánimos. Al menos ese era el cuadro dominante en Reino Unido hasta principios de 2016. Para las capas dirigentes del Laborismo y los movimientos sociales anti-neoliberales, el triunfo del *Brexit* –acrónimo de campaña para 'British Exit'– no era posible hasta que fue una realidad. Y su impacto ha sido formidable.

Si desde fines de los '90 el agotamiento del otrora vigoroso bipartidismo conservador-laborista se venía expresando de modo pasivo, con el aumento de la abstención electoral y la emergencia de partidos tan independientes como insignificantes, hoy escala a una crisis de representación que ha terminado por torcer el rumbo del país a contrapelo de lo más poderoso de su establishment. La derrotada postura por permanecer en la Unión Europea fue defendida por el grueso del sistema de partidos, del Partido Laborista y de la mayoría del Partido Conservador –incluyendo al ex primer ministro David Cameron–, además de los partidos Verde, Liberal-Demócrata, Nacional Escocés y del galés Playd Cymru. Su principal desafiante ha resultado ser un extendido e inorgánico descontento anti-elitario, más articulado por sentimientos nacionalistas que por una oposición al consenso neoliberal en base al cual dichas elites han gobernado. A la cabeza de esta postura se situaron los euroescépticos del Partido Conservador y el nacionalista Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP).

El proyecto de integración europeo, en tanto, ha sufrido uno de sus reveses más duros. No tanto por la salida del Reino Unido en sí² –que, en su alianza con EEUU y oposición al incremento de la influencia de Alemania y Francia, siempre ha resistido el fortalecimiento de la UE– sino por su impacto en el continente. Si las recientes revueltas anti-austeridad en Grecia, España y Francia pusieron en vilo la continuidad del apoyo social pasivo del que se había beneficiado durante medio siglo la UE y su predecesora Comunidad Económica Europea³, el *Brexit* ha favorecido el posicionamiento de los diversos movimientos de extrema derecha que florecen en el continente como las fuerzas en mejores condiciones para asestarle el tiro de gracia.

El presente artículo examina las tensiones incubadas en la sociedad británica que determinaron el resultado del referéndum y la recientemente activada salida británica de la Unión Europea. Se identifica una polarización en la valoración social de los efectos de la globalización neoliberal y una honda fractura entre el Laborismo y sus bases históricas. Al abandonar el Partido Laborista su anclaje en las clases trabajadoras y su vocación por representar en la política sus aspiraciones, en una situación de crisis económica se gestó en éstas un rechazo a la política en cuanto tal, campo que resultó fértil para el resurgimiento del nacionalismo. Finalmente, se advierte sobre el debilitamiento de la democracia representativa producido por el declive de la influencia de la izquierda sobre las mayorías trabajadoras en Europa.

1 Véase Giddens, A. (2007). *Europa en la era global*, Barcelona: Paidós; y Habermas, J. (2012). *La constitución de Europa*, Madrid: Trotta.

2 Para una revisión de las relaciones del Reino Unido con la Unión Europea, explorar: <http://ukandeu.ac.uk/fact-figures/>

3 Véase Anderson, P. (2009) *El Nuevo Viejo Mundo*, Madrid: Akal, pp 19-92

I. EL REFERÉNDUM: LA GLOBALIZACIÓN A LA PIZARRA

Con el 52% de los votantes optando por sacar al Reino Unido de la Unión Europea y una participación del 72,2% de los electores, el referéndum fue la elección más convocante desde las generales de 1992⁴. No obstante, la cuestión de la inmigración ocupó un lugar protagónico en el debate, en la práctica el *Brexit* fue un referéndum sobre una variedad de asuntos públicos. Votantes y activistas fueron movilizados a partir de la preocupación por la cobertura y calidad de los servicios sociales, los salarios y la seguridad laboral, y la representatividad de la elite política. Junto a la propuesta de endurecer aún más las ya poco amistosas fronteras británicas, la idea más machacada por los impulsores de la salida fue que con ella el Estado podría disponer de recursos frescos hoy destinados a la UE para mejorar el alicaído Servicio Nacional de Salud. Poco importó si los problemas criticados y las mejoras prometidas dependían efectivamente de la membresía británica en la Unión (peculiar paradójicamente por su alto grado de autonomía). Impulsores y detractores sabían por igual que ni la inmigración ni mucho menos la “cuestión europea” eran suficientes para por sí solas producir una mayoría electoral (la segunda siquiera para llevar una cantidad digna de gente a las urnas), y actuaron en consecuencia.

El resultado no sólo fue suficiente para darle legitimidad al referéndum, sino además tuvo el mérito de sobreponerse a 24 años de sostenida disminución en la participación electoral. Destacó también en el contexto continental. La participación en elecciones europeas, tanto para el Parlamento Europeo como para referéndums relativos a políticas específicas, venía declinando hasta situarse por debajo del 50% en promedio⁵. Lo que en esta ocasión revirtió el desinterés público, sin embargo, no fue la UE misma, sino el hecho de que por primera vez se la relacionaba con los problemas más acuciantes de la sociedad británica, como el estancamiento de los salarios, el agresivo aumento de la desigualdad y el deterioro de los servicios públicos. Dilemas con raíces en las reformas neoliberales implementadas por Margaret Thatcher en los '80 y luego legitimadas por el Nuevo Laborismo de Tony Blair, pero especialmente palpables a contar de los recortes al gasto social impuestos tras la crisis financiera de 2007-2008.

En cuanto al rechazo a la inmigración, bandera del voto *Leave* (salida) más duro y vociferante, su arraigo es reciente pero ya indisoluble de la UE. La inmigración aparece como un “problema” para una porción significativa de la población británica sólo a contar de fines de la década de 1990, para luego cobrar especial fuerza desde 2005⁶. Durante el mismo periodo, la inmigración experimenta un marcado incremento, especialmente tras el ingreso a la UE de países de la ex órbita soviética de Europa del Este. Desde 2013, de hecho, Europa y ya no los países de la Commonwealth es la principal fuente de la inmigración total al Reino Unido⁷. Así, en 2015 la mayoría de los británicos críticos de la UE lo eran también de la inmigración. En 1975, en cambio, cuando los británicos votaron a favor de ingresar a la UE, sólo un cuarto de quienes se opusieron pensaba que había “demasiados” inmigrantes⁸.

El *Brexit*, de esta forma, abrió una coyuntura en la que estuvo en evaluación todo aquello que la Unión representaba para la sociedad británica, la globalización, poniendo de manifiesto la creciente polarización de las valoraciones sociales sobre el impacto de este proceso en la sociedad británica. Un proceso económico, político y cultural experimentado de modos radicalmente opuestos por los distintos grupos sociales. La fisonomía de la votación, su composición social y distribución geográfica y etaria, ilumina con notable nitidez la fisonomía de quienes han ganado y perdido con la gran transformación de la sociedad británica de los últimos treinta años.

4 Para una revisión de los resultados del referéndum 2016, explorar: http://www.bbc.co.uk/news/politics/eu_referendum/results
5 *Op. Cit.*, 3.

6 Evans, G., and Mellon, J. (2016) Immigration and Euroscepticism: the rising storm, *The Guardian*. Recuperado desde: <https://www.theguardian.com/news/datablog/2015/dec/18/immigration-euroscepticism-rising-storm-eu-referendum>

7 *Ibid.*

8 *Ibid.*

La población más educada y aventajada, principalmente vinculada a la industria de los servicios y radicada en el sudeste inglés, Escocia e Irlanda del Norte, votó mayoritariamente a favor de permanecer en Europa. Londres fue el epicentro, ciudad que concentra el crecimiento económico del país, las grandes riquezas y la burocracia gubernamental. Allí fluyen el dinero derivado del capital financiero y las redes que permiten la reproducción de la elite gobernante a través de las universidades más prestigiosas, el aparato central del Estado, organismos internacionales y las casas matrices de las grandes empresas. Los inmigrantes, pese a alcanzar el 40% de la población londinense, no suponen una amenaza para estos segmentos, pues se concentran en la clase obrera de servicios y de la construcción. Esta elite se beneficia de la liberalización de los flujos de capital y está en condiciones de ejercer, efectivamente, la promesa de la libre circulación de personas, dos de los pilares de la globalización a la europea.

Es contra esta elite cosmopolita que la mayoría plebeya, en palabras del sociólogo Craig Calhoun, “se amotinó”⁹. El voto *Leave* encontró un amplio respaldo entre las clases trabajadoras, especialmente en las zonas des-industrializadas del noreste inglés y el sur de Gales. Poco queda en estas regiones de la estable prosperidad conseguida en los años de posguerra, cuando minas de carbón y astilleros empujaban la economía. Aquí, las políticas de austeridad post-crisis de 2008 cayeron sobre una economía ya debilitada desde los años de Thatcher y fuertemente dependiente de subsidios fiscales. Lo más llamativo, sin embargo, es que estas zonas donde ganó ampliamente el apoyo al *Brexit* constituían bastiones históricos del Laborismo¹⁰, siendo Doncaster, Hartlepool o Sunderland algunos de los casos más emblemáticos. Ni toda la clase obrera ni todo el electorado Laborista optó por el *Brexit*, claro está. Pero la porción que de ambos arrancó la nacionalista campaña del *Leave* inclinó la balanza para producir un cambio histórico.

II. RETIRADA LABORISTA Y DERECHIZACIÓN DEL CUADRO POLÍTICO

Si algo destacó de la participación del Partido Laborista en la coyuntura del *Brexit* fue su irrelevancia. No es exagerado afirmar que el Laborismo asistió más como un espectador que como un actor a la disputa por los votos y los términos del debate. La explicación más comentada alude al hecho de que la decisión de refrendar la membresía en la Unión Europea vino del primer ministro David Cameron, en un intento por contener el crecimiento del UKIP y el de su propia disidencia euro-escéptica en el Partido Conservador para asegurar su elección en 2015. La jugada, además, le permitía colocar al Partido Laborista en la muy incómoda posición de tener que apoyarlo en la campaña por la permanencia. El Laborismo, de esta forma, quedaba preso de una pelea interna de los conservadores. Se instaló así la imagen del *Brexit* como un engendro de la “muñeca” de Cameron y la derrota de éste, coronada con su renuncia, como un error de “cálculo” político.

Pese a no ser falsa, esta explicación sólo aborda el desenlace de la historia en su dimensión más superficial. Soslaya el proceso de gestación de la fractura que incapacitó al Laborismo de influir significativamente sobre el comportamiento de los sectores sociales que solía representar políticamente. El Partido Laborista fue un espectador del *Brexit* porque su historia reciente es la historia de un partido que, siguiendo a Peter Mair en su estudio sobre el “vaciamiento” de los partidos de masas de Occidente, se retiró de la esfera de la sociedad civil para concentrarse exclusivamente en la esfera del gobierno y el Estado¹¹. De esta forma, a los ojos de su otrora base social y electorado tradicional, se convirtió más en un instrumento de un Estado ensimismado que de la representación de sus aspiraciones vitales.

La historia de esta retirada comenzó con el llamado proceso de “modernización” del partido, que culminó con la victoria de Tony Blair como primer ministro en 1997 pero que se inició en 1983 bajo la conducción de Neil Kinnock. Kinnock postuló que si el Laborismo quería regresar al gobierno, debía moderar su programa para ampliar su base electoral y conquistar el apoyo de las capas sociales que ascendían en la estructura social británica y valoraban positivamente el modelo de crecimiento iniciado

9 Calhoun, C. (2016) *Brexit Is a Mutiny Against the Cosmopolitan Elite*. *New Perspectives Quarterly*, 33(3), pp. 50-58.

10 Davies, W. (2016, 24 de junio). Thoughts on the sociology of Brexit, *Political Economy Research Centre*. Recuperado de: http://www.perc.org.uk/project_posts/thoughts-on-the-sociology-of-brexit

11 Mair, P. (2013) *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy*, London: Verso.

en los años de Thatcher¹². Expulsó a la tendencia más izquierdista del partido y erradicó del programa aquellos puntos que, según las encuestas, habían perdido más popularidad entre los votantes: la nacionalización de la banca y el compromiso con el desarme nuclear unilateral. De este periodo data también el giro pro Unión Europea.

Los primeros beneficios electorales de la “modernización” fueron modestos y fue solo cuando los herederos más radicalizados de Kinnock retomaron el control del partido que el Nuevo Laborismo se expresó en plenitud. Con Tony Blair a la cabeza, el Partido Laborista abandonó los planes de renacionalizar las industrias privatizadas por Thatcher y las estrategias keynesianas para asegurar el pleno empleo, para en cambio comprometerse con mantener bajos los impuestos y la inflación. Logró quitarle electorado al partido Liberal-Demócrata e incluso al Conservador y con ello volver al gobierno¹³. La propia institucionalidad del partido mutó en el proceso. El sistema de votación por bloques de afiliados para elegir candidatos al Parlamento y representantes en las conferencias del partido fue progresivamente reemplazado por el sistema de “un miembro, un voto”. En nombre de la democratización interna, este sistema minó la influencia de los sindicatos dentro del partido y aumentó la de sus parlamentarios y políticos profesionales.

El Nuevo Laborismo apostó a darle al partido “autonomía” de los sindicatos y a distanciarse de sus reivindicaciones. Esto también significó pasar a depender financieramente más de recursos públicos que de los aportes de los sindicatos afiliados. Célebre por lo ilustrativa de este giro fue la respuesta que Gordon Brown, siendo ministro de Blair, dedicó a la propuesta de restaurar el vínculo entre pensiones y salario promedio de los trabajadores:

“No voy a ceder ante la propuesta que llegó de los líderes sindicales (...) Es deber del país juzgar, no es deber de un pequeño conjunto de mociones [en la conferencia del partido] el decidir la política de este gobierno y de este país. Es deber de toda la comunidad, y yo estoy escuchando a toda la comunidad”¹⁴.

Bajo el Nuevo Laborismo, el Partido Laborista terminó de recorrer el camino que lo llevó de ser el partido de la clase trabajadora británica a convertirse en lo que el sociólogo Otto Kirchheimer llamó un partido “atrapa-todo”¹⁵, uno que, privilegiando el rendimiento electoral inmediato a costa de las reivindicaciones de su base social, pasa a apelar a una audiencia más amplia para proteger su permanencia en el Estado. Este proceso derivó en una profunda transformación de la identidad política y estrategia Laborista. En línea con lo observado por Mair en los tradicionales partidos de masas del resto de Europa, el Laborismo británico estrechó su distancia programática con sus oponentes tradicionales, los conservadores, cifrando las diferencias en cuestiones de método y eficiencia antes que de fines. Puso así la conquista del “votante medio” como la piedra angular de su estrategia para situarse en el “centro político”.

La paradoja de esta estrategia es que el partido, al mismo tiempo que busca “ocupar” el centro político, lo modifica. “Moviendo al Laborismo hacia el centro, esta estrategia crea un nuevo centro a la derecha del antiguo: un nuevo centro que, según dicta esta estrategia, el partido debe a su vez pasar a ocupar”, señala Robin Archer, añadiendo que esta estrategia “tiene el efecto de gradualmente mover el centro de la opinión pública cada vez más hacia la derecha y consigo al propio Laborismo en su búsqueda”¹⁶. Archer recuerda que las encuestas de la *British Social Attitudes* muestran que las actitudes públicas en el Reino Unido, incluyendo las de los adherentes del Partido Laborista, se han movido progresivamente hacia la derecha durante los años del Nuevo Laborismo (no así durante Thatcher) en una serie de preguntas sobre Estado de bienestar, intereses comerciales, desigualdad económica y acción estatal. El reporte de 2010 de esta encuesta concluyó que “al reposicionarse ideológicamente, el Nuevo Laborismo contribuyó a asegurar que el terreno ideológico de la opinión pública británica adquiriera un carácter más conservador”¹⁷.

12 Heath, A., Jowell, R. y Curtice, J. (2001) *The Rise of New Labour: Party Policies and Voter Choices*, Oxford: Oxford University Press.

13 *Ibid.*

14 White, M. (2000, 28 de septiembre). Angry Brown defies unions, *The Guardian*. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/politics/2000/sep/28/uk.labourconference8> [La traducción al español es mía]

15 Citado por Mair, P. *Op Cit.*

16 Archer, R. (2011). Leading Labour. *Renewal: a Journal of Labour Politics*, 19(1), pp. 5-9.

17 Park, A, Curtice, J, Thomson, K, Phillips, M, Clery, E. y Butt, S. (editores) (2010) *British Social Attitudes: The 26th Report*,

III. RECHAZO A EUROPA COMO RECHAZO A LAS ELITES

Las políticas de austeridad aplicadas tras la crisis financiera de 2008 incrementaron los costos sociales de los problemas estructurales del modelo británico: estancamiento de los salarios y las pensiones, inestabilidad del empleo, encarecimiento de las viviendas, deterioro de los servicios públicos y agudización de las desigualdades, entre otros. Se produjo así una crítica coyuntura histórica, en la que las ideas neoliberales consagradas en la política y la economía entraron en descrédito después de haber hegemonizado la política británica de los últimos 30 años. En este contexto, sin embargo, el Partido Laborista poco hizo por ir a la raíz de los problemas y alterar el balance de poder vigente. Nada significativo impulsó para combatir la desregulación del mercado de capitales, la especulación financiera y la pérdida de control democrático sobre el Estado y la economía.

En lugar de encarar las causas de la crisis y dar voz a la población afectada, el Laborismo persistió en eludirlos y apelar a un abstracto votante medio. Así surgió el “One Nation Labour”, plataforma programática desde la cual el Laborismo enfrentó a la coalición de conservadores y liberal-demócratas desde 2012. Parafraseando al primer ministro conservador Benjamin Disraeli, quien con su “One Nation Conservatism” encaró las crecientes desigualdades económicas en el siglo XIX, los laboristas con Ed Miliband a la cabeza apelaron a unir al Reino Unido como “una sola nación” contra la desigualdad¹⁸. De este modo, ante una crisis causada por los más ricos y que pagaban con altos costos los más pobres, el Laborismo prefirió llamar a todos a esforzarse y cumplir con sus deberes en tanto “británicos”. Es en oposición a esta evasiva estrategia que la figura de Jeremy Corbyn toma fuerza hasta conseguir el liderazgo del partido en 2015, encarnando el primer desafío efectivo a la larga hegemonía del Nuevo Laborismo.

El comportamiento del Partido Laborista durante y después de la crisis de 2008 consagró un sistema político gobernado por el consenso de sus elites dirigentes y carente de una disidencia legítima sustantiva. Mair, de nuevo siguiendo a Kirchheimer, se refiere a esta situación como el “gobierno por cartel”, en alusión a los sistemas políticos en los cuales “ninguna diferencia significativa divide a sus protagonistas, a pesar de lo vigorosamente que pueden competir entre sí a ratos”¹⁹. Aunque un fenómeno largamente incubado en el Reino Unido, el costo de esta dinámica fue excepcionalmente alto en un contexto de crisis económica e implementación de medidas anti-populares. Si el “gobierno por cartel” del bipartidismo conservador-laborista había provocado desinterés en la población durante la década anterior, expresado en la progresiva disminución de la participación electoral y la emergencia de partidos-muleta (como el Liberal-Demócrata o el Verde), en tiempos de crisis estimuló el desarrollo de una oposición no ya a las medidas o a ciertos actores del sistema de partidos, sino que a la política y a los partidos en sí.

Es en relación con este proceso de pérdida de sentido de la política británica que el ascenso del nacionalismo y el euro-escepticismo debe ser comprendido. Es que en paralelo al ensimismamiento del bipartidismo, era el nacionalismo –de larga data y profundo arraigo en la cultura política británica²⁰– el actor que venía creciendo desde la década de 1990 como una oposición frontal al establishment político y una disidencia al sistema de gobierno en sí. Aunque de emerger lento y discontinuo, el Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP) avanzó hasta estar en condiciones de incidir significativamente en el proceso que sacó al Reino Unido de la Unión Europea. Y para lograrlo no necesitó un programa claro ni una estructura organizativa importante. Con una presencia marginal en la institucionalidad política, el UKIP ha sido más frontal que laboristas y verdes en el acoso al entramado de políticos y tecnócratas que gobiernan con escasa o nula sensibilidad por los problemas de la mayoría. Se trata de un rasgo transversal a todos los partidos de extrema derecha en Europa. En palabras de Perry Anderson, estos partidos han sido más radicales y coherentes que la izquierda a la hora de oponerse a la elite que echó sobre los hombros de los trabajadores los costos de un capitalismo desbocado²¹.

London: Sage.

18 Gaffney, J., y Lahel, A. (2013). The Morphology of the Labour Party's One Nation Narrative: Story, Plot and Authorship, *The Political Quarterly* 84 (3), pp. 330-341.

19 *Op. Cit.*, 11, p. 114.

20 Véase Nairn, T. (1972). The Left Against Europe?. *New Left Review*, (75), pp. 5-120

21 Anderson, P. (2017) Why the system will still win, *Le Monde Diplomatique*. Recuperado de: <http://mondediplo>.

El UKIP ha hecho precisamente lo contrario que el Partido Laborista: intentar influir desde su programa e identidad sobre las preferencias de los votantes en lugar de relativizar sus banderas para disputar el centro político. De esta forma no ha conseguido importantes victorias electorales (salvo al Parlamento Europeo en 2014, cuya injerencia en el mundo real es muy limitada). Pero en la situación de crisis económica y de representatividad abierta tras la crisis financiera, esta vocación le permitió representar el descontento con las elites que venía gestándose en una sociedad cuyas reivindicaciones no eran canalizadas por el sistema de partidos. Para lograrlo, invocó al inveterado euro-escepticismo británico para ponerlo en contra del que es el constructo de las elites por excelencia: la Unión Europea. Aunque acusado por “faltar a la verdad” en su campaña contra la UE, el UKIP simplemente llevó al extremo la costumbre del bipartidismo conservador-laborista de culpar a Europa por las decisiones tomadas en casa. Esta vez, sin embargo, la Europa efectivamente afectada por la gobernanza no-democrática de la Unión estaba ya en pie de guerra²².

Al estar en la Unión Europea pero no en la Eurozona, el Reino Unido podía fijar su política monetaria y fiscal con mucho mayor libertad que el resto de los estados miembros, incluso considerando el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, firmado en 1997 para controlar el recurso al déficit de los Estados. En 2011 el Reino Unido se excluyó de las enmiendas que endurecían el pacto fiscal introduciendo sanciones automáticas a Estados que vulneraran los parámetros permitidos de déficit y deuda. Lo que defendió el gobierno británico, sin embargo, no fue la soberanía nacional sobre su política fiscal, sino el excluir a Londres de la regulación de los mercados financieros y la aplicación de impuestos sobre las transacciones financieras. Mientras la UE efectivamente limita la iniciativa pública disponible para los sistemas políticos nacionales de sus miembros plenos, no tenía ese alcance en el Reino Unido. Éste último no ha necesitado a la Unión Europea para profundizar la desregulación de su capitalismo; en este respecto le lleva la delantera.

Pese a utilizar una retórica basada en la defensa de la soberanía nacional, la preocupación real de las elites conservadoras y nacionalistas tenía que ver con las transferencias de recursos a la UE, la libertad para reducir impuestos y el endurecimiento de las normas migratorias. Se trató, y se trata todavía mientras se negocian los nuevos términos de relación con la UE, de pugnas internas del capitalismo por los términos de incorporación a los mercados y su sujeción al poder político. En realidad, si la ciudadanía británica ha perdido soberanía sobre su Estado, ha sido por el creciente debilitamiento de su democracia, desfinanciada y convertida en deudora por la incontestada hegemonía del capital financiero instalado en la City londinense, y limitada en sus alcances y dinamismo por una elite dirigente que naturalizó la preeminencia de los intereses de “los mercados”²³.

IV. EL FIN DE EUROPA VS. UNA EUROPA DISTINTA

La deriva nacionalista que asumió el rechazo al entramado político-económico dirigente en Reino Unido, pese a asumir la apariencia de una disidencia sustantiva, permitió a las elites dirigentes británicas eludir su responsabilidad en la declinación de la calidad de vida de los trabajadores, la concentración de la riqueza en la cúspide de la sociedad y el deterioro de la democracia. Este resultado da cuenta de la fragmentación de una sociedad en la que, ante la carencia de alianzas sociales y políticas que representen los intereses subalternos, los sectores más postergados acaban encontrando en el nacionalismo y el rechazo a la política el único modo de expresión de hartazgo y disidencia. El *Brexit*, de este modo, neutralizó la emergencia de una impugnación democratizante a las contradicciones del capitalismo avanzado en un momento de crisis económica y de representación política.

Por lo pronto, el agotamiento de la modalidad de inserción del capitalismo británico en la economía global no parece estar en vías de reversión por la salida de la UE. Una impugnación autónoma desde abajo, sin embargo, ha sido momentáneamente descartada. La crisis de representación política se

com/2017/03/02brexit

22 Streeck, W. (2015). Why The Euro Divides Europe. *New Left Review*, (95), pp. 5-26

23 Streeck, W. (2011). The Crises of Democratic Capitalism. *New Left Review*, (71), pp. 5-59

mantiene y una situación de vacío se prolonga. En el Conservadurismo los euro-escépticos han sido incapaces de hacerse cargo de la situación abierta con el abandono de la UE, dejando en manos del establishment conservador el diseño del nuevo pacto con Europa. Un UKIP carente de arraigo en la sociedad y cuadros capaces de hacer algo más que agresivas campañas electorales, en tanto, ha vuelto a su redil de partido accesorio. El Laborismo continúa paralizado por las pugnas internas entre los herederos del Nuevo Laborismo en sus varias versiones y el desafío todavía difuso planteado por Corbyn y la izquierda social, cristalizada en la plataforma Momentum, que entró consigo al partido.

Es este último actor, sin embargo, el que de manera más consistente ha empujado por dar expresión política a las aspiraciones de las mayorías trabajadoras británicas. De su avance parece depender la posibilidad de revertir el largo declive de la política Laborista y enfrentar la corrosión de la democracia británica por la vía de recuperar soberanía para la ciudadanía contra los mercados. De estancarse esta opción, imaginar una Europa distinta será más difícil que imaginar el fin de Europa. ▼